

develados por ultra-telescopios, se cree que el misterio de la vida será descubierto por los laboriosos histólogos que cuentan las células de la corteza cerebral.

La pedagogía, por su parte, ha incurrido en el error tradicional de suponer que mediante la educación es posible transformar un gato en un ángel. ¿Y los factores constitucionales? ¿Y la genética? El cientificismo reduce aún más el planteamiento del problema, condena la enseñanza humanista por enciclopedismo estéril y desdeña el conocimiento filosófico. El asunto, así amputado, es tan sencillo que se puede resolver con una fórmula de laboratorio: se toma un palurdo o un frenasténico y se le enseña mecánica cuántica, teoría de los conjuntos y cálculo infinitesimal. Luego, procediendo analógicamente, se tiene el camino áureo hacia la sociedad universal perfecta. Así, solamente, podemos explicarnos la ingenuidad del Dr. Cernuschi que cree que el momento habélico que atraviesa la humanidad se arreglará con programas elásticos (hace muchos años que los anglosajones los tienen), profesores extraordinarios (en Alemania existieron desde tiempo inmemorial), instrumental de enseñanza moderno, etc., etc.

Hay que admitir que la utopía suele tener un entronque irracional insospechado en el corazón humano.

¿Bastará con las filmotecas y los planetarios para educar a nuestros jóvenes en el culto de la ciencia y la verdad? Es evidente que ese tipo de enseñanza es eminentemente sensorialista; pocos críticos surgirán de él. Para enseñar a la juventud a pensar se requiere ejercitarla en la abstracción y en la teoría y, sobre todo, desarrollar su incipiente capacidad crítica. Claro está que, previamente, hay que seleccionarla de acuerdo con sus aptitudes ingénitas, ardua labor de técnicos especializados que podrían ser —creemos— los verdaderos directores de curso, los mentores espirituales de esa juventud.

Se reclama la unidad de la ciencia. El hombre ha atomizado el conocimiento a tal extremo que la visión de conjunto se ha perdido. El auge del laboratorio ha favorecido el realismo ingenuo de los experimentadores, y la complejidad creciente de la lucha por la vida incrementa el pragmatismo y la técnica. Las interpretaciones teóricas con carácter de universalidad son monopolizadas por filósofos especulativos desvinculados del movimiento científico y, por consiguiente, al margen de ciertos sectores del conocimiento. Lo que realmente hace falta es la unificación del saber, una teoría del pensamiento humano. Pero para acometer esa tarea se requiere, antes que nada, un método. No se puede unir las ciencias con ganchos como si fueran trozos de un mecano (aunque, en

cierto modo, lo sean). Por esto, el ensayo de la *Unified Science* estaba destinado al fracaso desde su mismo nacimiento. Es preciso algo más que reunir a los cerebros teóricos de los cinco continentes y encargarles una serie de temas. ¿Y el sistema que los unifique? Lo que se necesita es un nuevo *organon*, un sistema epistemológico y una teoría del pensamiento.

El movimiento de la *Unified Science* no estaba libre de compromisos mentales; predominaban en él los empiristas logicistas. Precisamente, Charles Morris fué su iniciador con *Theory of signs*. Cuando se creó el Círculo de Viena la ciencia y la filosofía estaban en crisis. Los herederos de aquel sistema filosófico, que fundó el malogrado Schlick, son los actuales empiristas logicistas que intentan resolver las contradicciones de las diversas corrientes de pensamiento partiendo del análisis del lenguaje.

La ciencia en la educación intelectual es una obra bien informada, principalmente en lo que concierne a programas de estudio extranjeros y bibliografía físico-matemática. Se sostiene en ella un criterio cientificista que sólo admite a los pensadores del empirismo logicista, de quienes se incluyen varias citas en los acápites de algunos capítulos. La crítica a la falacia del sistema educacional imperante y al profesorado es lo más valioso del libro. El prólogo pertenece al Ingeniero Cortés Plá.

ARMANDO ASTI VERA

SOBRE NOVELAS POLICIALES

GENEALOGÍA FILOSÓFICA DE LA NOVELA POLICIAL

Contra lo que pudiera suponerse a raíz de ciertas experiencias recientes, las incursiones en política no son siempre ubérrimas. Para general aleccionamiento conviene recordar que en la víspera de su muerte, Edgar Poe fué arrojado a una oscura calle de Baltimore desde lo alto de un carro de propaganda electoral (también los había entonces), al que se había incorporado, ebrio y transido ya, previa la promesa de unas copas. Parece que su entusiasmo cívico no fué del agrado de la canalla acólita, y ésta resolvió su *baja* partidaria. La ejecución material de la medida, más que bárbara resultó cruel, pues las furias del coro

San ^{anexo} (SPT. 1946)

poseo, que por corolario, al igual de sus antecesores griegos, podía escudriñar el porvenir, tenían por fuerza que saber que el "primer simbolista", aquel que más tarde sería incensado con tabaco en la misa mallarmeana, se merecía un final más alusivo. La pasión de Jesús es un drama perfecto porque se redime finalmente de una muerte que no le corresponde. Su muerte verdadera es, contra lo que pudiera pensarse, su resurrección y ascensión a los cielos, que así debe morir, supongo, un hijo de Dios. Pero el hado de Poe es más siniestro; está condenado a la perennidad de su pasión, pues su muerte le ha sido arrebatada.

Por encima de su móvil didáctico, con la mención de este episodio me propongo subrayar una circunstancia —la incontinencia alcohólica de Poe— que hizo posible un hecho nuevo en literatura. Porque rigor especulativo, más fantasía, más *delirium tremens*, es igual a novela policial como más adelante se verá. Pero no a la novela policial corriente, bastante desnaturalizada si nos atenemos al molde original, sino a la que la estatuye severamente planeada, sucinta, casi científica. En su elaboración están proscritos dos elementos que hoy abundan: la aventura y la psicopatía retorcida, inesperada. Por ejemplo, la sigilomanía, que es la inmoderación en la filatelia, y aun la misma filantropía, pueden admitirse; pero ya la sigilofagia —que vendría a ser la manía de comer sellos postales—, violaría las reglas establecidas. El requisito decisivo, pues, consiste en declarar a todo lo que posea carácter de contingente o adventicio, como no apto para integrar la fórmula. La trama, a su vez, debe ser una ecuación de constantes para servir lo que Poe llama "capacidad analítica".

El militar frustrado de West Point no era un genio extravagante, iluminado, que prescindiera de la razón. Era, por el contrario, amante de las matemáticas, de la relojería mental, del discurso filosófico. Despreciaba en cambio "el simple ingenio" y "la imaginativa". "El análisis —dice— es necesariamente ingenioso". De la misma manera, "la imaginación auténtica es siempre analítica y no la sobrepasa". Esto no excluye la intuición, a la que tanta importancia concedía el autor de *Eureka* como medio de conocer la verdad, anticipándose a Bergson.

Pero los designios de Poe corrieron una suerte más bien afligente. Hay que tener en cuenta que en realidad creó el género policial para demostrar —al igual del pensador que recurre a un hecho cierto para apoyar su razonamiento— la superioridad del análisis sobre la mera imaginación. A este respecto, la novela policial es la mesa de Eddington. No obstante, sus continuadores, los que más

tarde usufructuaron ese ejemplo —es decir, la novela policial—, lo hicieron en su mayoría con tanta despreocupación filial que sirvieron para demostrar lo contrario. Algo así le sucedió a Buda, que abogó por una moral en reemplazo de la religión, y a poco de morir sus propios discípulos le divinizaron.

Esta defeción ha hecho que la novela policial científica, nazca y muera —por lo menos agonice— en Poe. Su signo, que debía mencionar el triángulo y la ecuación algebraica, acabó siendo substituído por el emblema lupinesco de la linterna, el antifaz y la pistola. La subversión no podía ser más completa. Los meros instrumentos habían llegado a prevalecer sobre la concepción del crimen. La costilla era más importante que el pensamiento de Dios.

Con Chesterton las cosas cambian. Nace una variante que retorna decididamente al intelecto; por otro camino, otros medios, pero con idéntica función, obsérvese bien, a la establecida por Poe, la de corroborar teorías. Tanto es así, que en G.K.C. el botín del delito no es el dinero, ni el amor o el odio satisfechos, sino la demostración casi siempre abundante de una tesis filosófica. El azteca Alfonso Reyes calificó en 1919 a *El hombre que fué jueves*, como novela policiaco-metafísica en la que se desarrolla una concepción del Universo. Este bautismo puede parecer regocijante a muchos, pero en verdad es el único que genuinamente le corresponde, con lo que va dicho el elogio del fino y esforzado apadrinador de las jitanjáforas.

Es que la novela policial no ha de rendir pleitesía únicamente a la amabilidad o a la emoción. Debe ser algo más que literatura para entretenimiento de personas cándidas y viático de los largos trayectos por riel. (Los barcos —es cosa averiguada— se prestan más al género fantástico y de aventuras). Tampoco puede limitársela a un simple ejercicio como si se tratara de un juego mental, sin otra finalidad que el puro gozo especulativo. Desde su origen, hay que recordarlo, es interesada, y su ambición culmina en Chesterton que la emplea nada menos que para argüir acerca de la filiación espiritualista del mundo.

Este tipo de reválida tampoco ha tenido suerte más airosa que la corrida por el experimento inicial, pero en otro aspecto ejerció benéfica influencia. Chesterton había roto el fuego, y ya ningún escritor, poeta o ensayista, por conspicuo que fuera, podía tener en menos la incursión por un laberinto que había sido transitado por tan ilustre Teseo.

El nuevo aporte incluyó por lo tanto valores de mérito que se habían distinguido en otras actividades literarias, pero su interés por la novela policial

no ha sido promovido por su carácter inicial, esto es, en tanto que instrumento dialéctico. Se ha manifestado, en cambio, más sensible al considerable atractivo que había seguramente inspirado a su propio creador, pues si bien su idea había surgido de una necesidad del pensamiento de Poe, como un argumento más, ese argumento era a su vez necesario y no hubiera podido ser dejado de lado por cualquier otro. A este desenlace forzoso concurría no sólo su poderosa máquina mental, su lúcida fantasía de poeta y una alta presión alcohólica; mediaba también la fascinación de lo vedado, el alivio de la descarga de lo anti-social, que todo espíritu individualista lleva adentro. No es el azar quien hizo que el más inadaptado de los artistas, el supremo disconformista, aquel réprobo para quien "los Estados Unidos no fueron sino una inmensa cárcel", al decir de Baudelaire, estuviera destinado a crear el género policial. Es harto improbable, por ejemplo, que al cortesano de Weimar se le hubiera presentado el dilema.

No es de extrañar, así, dada la naturaleza del móvil, la creciente tendencia que se observa desde entonces en las expresiones del género, a cargar el acento en lo psicológico. Si bien esta tendencia, al afectar el ingrediente matemático y el filosófico, altera el equilibrio de la fórmula —por lo general la psicología es sabrosa y el planteo original, pero su desarrollo débil—, hay que reconocer que el relato sale enriquecido con un elemento de gran interés. En muchas de sus páginas se recogen confidencias inquietantes. Rodeando el crimen, pulula la sordidez, la perfidia, el cretinismo, la malevolencia, las necias vanidades y envidias. Todo esto es nuevo. La novela policial se ha instalado en la trastienda del psicoanálisis.

Naturalmente, existen las excepciones. En *La muerte y la brújula*¹ la atmósfera es límpida, el mecanismo lógico, correcto, su economía, encomiable. Como no existe en su relato la peripecia psicológica, parecería que la psicología no contara. Sin embargo, cuenta, y no sólo eso sino que actúa, aunque de una manera especial. No sólo interviene para suministrar el por qué del crimen, sino también para suministrar el cómo. Red Scharlach que odia a Eric Lönnrot se propone desembarazarse de su enconado perseguidor, pero no puede matarlo de cualquier manera. La perfecta venganza, la que puede procurarle una satisfacción íntima, requiere que lo derrote en su propio terreno, ya que no hay que olvidar que "Lönnrot se creía un perfecto razonador". Por eso Scharlach,

¹ Jorge Luis Borges, *Ficciones* (SUR, Buenos Aires, 1944).

que en otras ocasiones se muestra como un simple pistolero, obra con su enemigo como un matemático y le proporciona la muerte adecuada, su muerte, la muerte exacta. Como vemos, Lönnrot tuvo un destino más apropiado que el de Poe, y su alma, cualquiera que sea su paradero, puede descansar tranquila.

ARTURO SANCHEZ RIVA

LA MUERTE POR LA ABEJA Y UN DESACATO A EDGAR POE

Gerald Heard, filósofo y escritor inglés, se dedica en sus ratos de ocio o de inspiración de su musa, a escribir novelas policíacas, que firma con el seudónimo escasamente enigmático de Herald F. Heard. Su *Predilección por la miel*, ("A taste for honey") introduce ciertas variantes en la ritual del género.

El hecho de que su "detective" posea una personalidad muy especial, no podría por sí sólo llamar la atención. Existe una práctica inveterada por la que el detective aficionado debe ser perspicaz, infalible, culto, brillante y hasta honorable, virtudes todas difíciles de conciliar en un sabueso. Además es imprescindible que de una manera u otra esté rodeado de alguna extravagancia. Así, Hermes Theocopulos es un "maître d'hôtel" retirado; el capitán Maclain, ciego; Philo Vance, rentista. Para escapar a esta monotonía, Agatha Christie recurre al antitipo: el bajito Hércules Poirot, sobrio y en apariencia inofensivo, pero que persigue su presa con la tenacidad de un vista de aduana. En lo que hace a estos requisitos, Mr. Mycroft —que es el "detective" de nuestro caso—, no deja nada que desear. Tiene la cortesía falsa de la persona absorbente; es de los que no tratan a los demás. O los ignoran o los secuestran. Cultiva el antiguo testamento, la toxicología, el monólogo y el estoicismo. No tiene historia; surge y desaparece como un trasto vagabundo.

Según se ve, todo hasta aquí es doméstico y normal. Pero la situación cambia y se torna intranquilizadora cuando pasamos a considerar los bizarros métodos de Mr. Mycroft.

No es un secreto que en el cometido de sus tareas los "detectives" privados tienen que usurpar muchas veces funciones propias de la autoridad policial. No sólo la subrogan, sino que también se complacen satirizándola en la persona